



CHICHARRO CHAMORRO, Dámaso: *San Juan de la Cruz en las tierras de Jaén*, Jaén, Universidad de Jaén, 2013, 237 págs.

Ernesto Lucero Sánchez
(Universidad Autónoma de Madrid)

El libro de Dámaso Chicharro, *San Juan de la Cruz en las tierras de Jaén*, cumple con su declarada intención de moverse en el ámbito de lo local trascendente, de lo giennense estricto, pero de sentido universal, en su estudio más biográfico que literario de una de las cimas de la poesía de todos los tiempos, quien en la última etapa de su vida estuvo muy relacionado con Andalucía y, concretamente, con la provincia de Jaén.

En efecto, desde su llegada a estas tierras tras padecer los tormentos de la cárcel de Toledo hasta su fallecimiento en Úbeda, transcurren trece años en los que veremos el San Juan que tan encarecidamente recomienda Santa Teresa a las monjas del convento de Beas de Segura como director espiritual y confesor, el intelectual admirado por los catedráticos de la Universidad de Baeza, el reformista fundador de conventos, el hombre cercano al pueblo en los malos momentos, el converso de acreditada experiencia comercial y una sin par capacidad contractual, el religioso sobrecogido por el silencio de la sierra o que reza tras el rumor del agua que corre o el enfermo capaz de sufrir el dolor entre la paciencia y la alegría, soportando envidias y una fama que no desea. Echamos, sin embargo, de menos al poeta, que apenas asoma en estas páginas más allá de alguna referencia suelta.

No será fácil su adaptación, pero la dura vida de La Peñuela, enclavada en Sierra Morena, tierra de bandidos y eremitas, supondrá un primer momento de alegría y a él volverá en diversas ocasiones antes de la última, en 1591, despojado ya de todos sus cargos y designado vicario en México, viaje que no llegará a realizar y que constituye poco menos que una sentencia de muerte por su defensa de Jerónimo Gracián. Tampoco el convento es el mismo, paralelismo que Chicharro logra trazar con notable acierto en un excursus. Sabemos, por lo demás, que aquí comenta la *Llama de amor viva* y que su correspondencia es amplia, aunque no conservamos más que seis cartas, como no conservamos más que el título de alguna obra que también acaba en este lugar. Pero la primera vinculación literaria del santo con las tierras de Jaén viene dada por sus romances y canciones, escritos

RESEÑAS

en la cárcel toledana y destinados a los oídos de las monjas de Beas de Segura, que le piden ansiosamente les aclare su sentido y doctrina. El autor aduce diversos testimonios al respecto, como el de la madre Magdalena del Espíritu Santo, que consta en el Ms. 12.944 de Biblioteca Nacional, en que asegura que fray Juan escribió una parte del *Cántico* en Baeza, adonde se le destinará para fundar un colegio, y otra parte y las declaraciones en el propio convento de Beas. Parece ser que en El Calvario compuso también el *Monte*, algún romance y alguna copla, mientras que las declaraciones que comienza en Beas de Segura, las concluye en Granada. *La Noche* y sus comentarios, probablemente escritos en 1578, son del mismo lugar, según otros documentos que Chicharro trae a colación, que son asimismo muestra de que los materiales exhumados en los últimos tiempos desde los estudios locales deben ser punto de partida inexcusable sobre la vida cotidiana de San Juan hasta sus últimos días, sobre todo si tenemos en cuenta que en este periodo se cifra la creación de lo mejor de su producción. Tampoco podremos entenderlo como poeta sin observar que su singular concepción del paisaje, tan distinto de todos los renacentistas, nace del contraste entre Castilla y la sierra andaluza, donde el contacto con la naturaleza se manifiesta mejor que en ningún otro lugar en Jaén; sin su conocimiento del Garcilaso a lo divino de Sebastián de Córdoba, a quien pudo, quizá, tratar en Baeza; o sin una revisión de la no suficientemente considerada amistad con el escultor Juan de Vera, que conforma la personalidad artística de Juan de Yepes, inclinado no solo a cultivar la poesía, como se sabe, sino a apreciar cualquier manifestación de la belleza.

Entre 1579 y 1582 vive de manera continuada en Baeza, fundando y dirigiendo el colegio de San Basilio. A este lugar dedica el libro varios capítulos por su variado alcance e interés. De una parte nos muestra un fraile atento a lo cotidiano, capaz de atender una crisis social como la peste del “catarro universal” cobrando fama de santo para el convento y de redactar poderes notariales de una precisión superior a lo normal, que lo acercan a los saberes y conducta habitual de los conversos. Recordemos en este sentido su predilección por el Antiguo Testamento, que sus padres, según propia declaración, eran “unos pobres tejedores de buratos”, que se cambia el apellido al ingresar en el Carmelo, que en Yepes y Torrijos, lugares de origen de su familia, la población conversa era muy abundante y que disponemos del testamento de un sacerdote, hallado en el Archivo Diocesano por Gómez Menor, de quien resulta ser un tío abuelo del poeta, que, tal y como comenta Chicharro, nos ha permitido reconstruir la composición de esa rama familiar (los Abzaradiel), entre otros indicios de su ahora sobradamente probada pertenencia a los conversos. Nada raro si consideramos que la fe del neófito es más intensa y llena de afán reformador, como en Santa Teresa. No en vano va a rodearse San Juan de personajes muy señalados como cristianos nuevos, discípulos más o menos próximos de Juan de Ávila, que se habían instalado en la tercera universidad andaluza, la de Baeza, “el nido de los conversos”, como Carleval, Diego Pérez de Valdivia, Ojeda, Núñez Marcelo. Ahí se nos muestra otra faceta de nuestro personaje: su aptitud intelectual. No solo recibía con asiduidad en el colegio de San Basilio a personajes comparables para sus coetáneos con los

RESEÑAS

mejores catedráticos de Salamanca o París para discutir sobre temas doctrinales, sino que muy probablemente –piensa Chicharro– llegó a impartir lecciones en la misma universidad, si bien no tenemos documentos que refrenden esta última afirmación.

Sobre estos y otros aspectos se extiende Chicharro antes de mencionar la salida hacia Granada en 1582, como tercer definidor y prior de la ciudad. Viajará por Andalucía por razón del cargo y fundará en 1586 el convento carmelita de la Manchuela (Mancha Real), del que hoy apenas queda nada, que goza de capítulo propio, para concluir con otro dedicado a los últimos días del fraile, y su despedida en olor de santidad, en el que relata los avatares de esas “calenturillas” contraídas en La Peñuela, de camino a Segovia, el reflejo epistolar de su conciencia sobre la proximidad del final, los singulares motivos para la elección de Úbeda y no Baeza para procurarse un tratamiento médico y el trato vejatorio que el infame prior de San Miguel, fray Francisco Crisógono, le dispensó en ese trance y del que finalmente se arrepintió.

Dámaso Chicharro realiza, pues, una aproximación biográfica de carácter divulgativo, lo que determina el empleo de todo tipo de fuentes, desde las mejor conocidas a otras casi recónditas, desde Brenan o Eulogio Pacho a Caballero Venzalá o Aurelio Valladares; de Rodríguez Moñino a Crisógono de Jesús, pasando, claro, por documentos de época, ninguno inédito (transcribe, por ejemplo, un poder notarial firmado por fray Juan, fragmentos de epístolas y otros testimonios procedentes de esos depósitos extraordinarios que son los conventos carmelitas). Ese carácter marca también el tono digresivo, aunque siempre fluido, que permite la incorporación de todo tipo de opiniones o, incluso, de anécdotas personales, a sus páginas.

Las tierras de Jaén son máximas protagonistas en este estudio que presentamos. Se trata de fundamentar una visión panorámica del vínculo del poeta con un lugar donde, si en un primer momento se sintió desterrado, pronto encontraría el mejor de los acomodos intelectual, espiritual y afectivo, tanto como el compromiso recíproco de dicho lugar con San Juan. No se olvide que ya a principios del siglo XVIII la Universidad de Baeza fue la primera que promovió su distinción como doctor. Los lazos han crecido al punto de que Chicharro opina que es en Jaén donde más y mejores poetas sanjuanistas podemos encontrar y donde se enraiza el poeta en una tradición literaria pero, sobre todo, carmelita. Esa conexión de San Juan con esta tierra no se ha perdido un solo instante, como demuestran los capítulos finales del libro, donde se rastrea la presencia de estudios acerca de dicha relación en la revista *Lope de Sosa*, así como en la misma existencia de una copiosa bibliografía que el autor presenta en orden cronológico para poner de relieve el incremento de trabajos que se viene produciendo en los últimos años, o la propia publicación que acabamos de reseñar, verdadero panorama del vínculo de Fray Juan con la provincia que lo protegió y acogió y que lo vio rasgar la tela de este dulce encuentro.